

Leídas en el Senado y en la asamblea del pueblo las cartas de los cónsules, excitaron profunda alegría; hubo cuatro días de solemnes acciones de gracias, durante los cuales el apresuramiento de los particulares demostró el regocijo público. Aquella victoria era muy importante para el pueblo romano, teniendo además el mérito de la oportunidad, puesto que al mismo tiempo se supo que se habían sublevado los etruscos. Considerábase cómo se habría podido contener á la Etruria en caso de reverses en el Samnio, cuando la liga de los samnitas había enardecido el valor de los etruscos, quienes sabiendo que los cónsules y todas las fuerzas romanas estaban ocupadas lejos, en el Samnio habían, aprovechado la ocasión para sublevarse. La diputación de los aliados, presentada en el Senado por el pretor M. Atilio, se quejaba de que los etruscos, vecinos suyos, incendiaban y devastaban sus campos para castigarlos por su fidelidad al pueblo romano, y ellos rogaban á los padres conscriptos que les pusieran á cubierto de las violencias y ultrajes de sus comunes enemigos. Contestaron á los legados: «Que el Senado cuidaría de que los aliados no tuviesen que arrepentirse de su fidelidad: que los etruscos experimentarían muy pronto la misma suerte que los samnitas.» Sin embargo, no habrían desplegado mucha actividad en los asuntos de la Etruria, si no hubiesen sabido que los faliscos también, que desde muchos años habían permanecido en la alianza romana, habían reunido sus fuerzas con las de los etruscos. La proximidad de este pueblo despertó la atención de los senadores, que creyeron deber reclamar por medio de los faciales. No habiendo dado satisfacción los faliscos, se les declaró la guerra por un decreto del senado, confirmado por acuerdo del pueblo; recibiendo orden los cónsules para sortear cuál de ellos había de pasar con su ejército del Samnio á la Etruria. Carvilio había to-

mado ya á los samnitas Volana, Palumbino y Herculanéo; Volana después de algunos días de sitio; Palumbino en el mismo día en que llegó á sus murallas, y Herculanéo después de dos batallas, cuyo resultado quedó incierto y le costaron más gente que al enemigo. Después de establecer su campamento y encerrado al enemigo en el recinto de sus murallas, atacó á la ciudad y se apoderó de ella. En estas tres ciudades mataron ó se apoderaron de diez mil hombres, excediendo muy poco el número de prisioneros al de muertos. Habiendo sorteado los cónsules las provincias, tocó la Etruria á Carvilio, con sumo regocijo de los soldados que no podían resistir ya el rigor del frío en el Samnio. Papirio encontró en Sepino resistencia más enérgica por parte del enemigo: combatióse frecuentemente en batalla campal, otras veces en marcha, otras alrededor de la ciudad para rechazar las salidas de los enemigos. No era aquello sitio ni siquiera de iguales probabilidades; porque si los samnitas utilizaban las murallas para su defensa, oponían también las armas y sus guerreros para la defensa de las murallas. En fin, á fuerza de combates se redujo al enemigo á soportar el sitio, y el cónsul, por medio de obras y un asalto se apoderó de la plaza. La irritación que había causado tanta resistencia hizo que se derramase más sangre, y después de la toma de la ciudad fueron muertos siete mil cuatrocientos hombres, quedando prisioneros pocos menos de tres mil. El botín, que era considerable, las riquezas de los samnitas amontonadas en corto número de plazas, quedó abandonado al soldado.

Todo el país estaba cubierto de nieve y no era posible permanecer á campo raro, por lo que el cónsul retiró su ejército del Samnio. Cuando llegó á Roma se le otorgó por unanimidad el triunfo. Triunfó, pues, en el ejercicio de su magistratura, siendo extraordinaria para

aquella época la magnificencia de la ceremonia. Los infantes y los jinetes desfilaron, adornados con distinciones militares, viéndose coronas cívicas, valares y murales. Los despojos de los samnitas atraían todas las miradas, comparándoseles, por el brillo y la belleza, con los que trajo el padre del cónsul, y que, sirviendo para decorar muchos monumentos públicos, todos los conocían. Algunos prisioneros de elevada alcurnia, ilustres por sus hazañas y las de sus padres, aumentaban el esplendor del triunfo. Lleváronse en carros dos millones treinta y tres mil libras de peso de cobre, procedentes, según decían, de la venta de prisioneros; también llevaban mil trescientas treinta libras de plata que habían cogido en las ciudades. Todo aquel cobre y aquella plata la entregaron al tesoro público. Nada se conservó del botín para el soldado, disgustando esto tanto más al pueblo, cuanto que se exigió el tributo para el Senado á las legiones; mientras que si el cónsul hubiese renunciado á la vanagloria de depositar en el tesoro público el dinero cogido al enemigo, se hubiese podido, con el botín, hacer regalos á los soldados y atender al sueldo del ejército. Durante su consulado hizo Papirio la dedicación del templo de Quirino: en ningún historiador encuentro que lo ofreciese durante la batalla misma, y es cosa cierta que no hubiese podido terminarlo en tan poco tiempo: aquel fué voto de su padre durante su dictadura. Papirio lo embelleció con los despojos del enemigo, que ascendían á tal cantidad, que no solamente se adornaron el templo y el Foro, sino que se distribuyeron también á los aliados y á las colonias vecinas para que decorasen sus templos y monumentos públicos. Después de su triunfo, llevó Papirio el ejército á invernar en el territorio de Vescia, porque los samnitas inquietaban sin descanso este país. Entretanto el cónsul Carvilio había comenzado el sitio de Troilio, en

Etruria; y habiéndole ofrecido cuatrocientos setenta habitantes de los más ricos, cantidades considerables para que les concediese libertad de salir de la plaza, les dejó partir. De los demás habitantes y de la ciudad misma se apoderó por la fuerza. En seguida tomó cinco castillos colocados en alturas de difícil acceso, matando en ellos al enemigo dos mil cuatrocientos hombres é hizo cerca de dos mil prisioneros. Habiendo pedido la paz los faliscos, solamente les concedió tregua por un año y les obligó á entregarle cien mil libras de peso de cobre, y el sueldo de un año á los soldados. Terminadas estas operaciones vino á triunfar á Roma. La parte que había tomado en los asuntos del Samnio no podía dar á su triunfo todo el esplendor que tuvo el de su colega; pero la guerra de Etruria hacía desaparecer la diferencia. Llevó al tesoro trescientas ochenta mil libras de peso de cobre; y con el resto del dinero que le pertenecía como general, hizo construir un templo á la diosa Fuerte Fortuna, cerca del que dedicó á la misma diosa el rey Servio Tulio: además, del producto del botín distribuyó á cada soldado doscientos ases y el doble solamente á los centuriones y caballeros; recompensas que hizo mucho más agradables la dureza de su colega. La influencia de este cónsul con el pueblo fué una salvaguardia para su legado L. Postumio (1). Demandado éste en justicia por el tribuno del pueblo M. Cancio, había pedido, según se dice, el título de legado para libertarse del juicio del pueblo. La acusación pudo formularse, pero no continuar.

Habiendo terminado ya el año, habían entrado en cargos nuevos tribunos del pueblo, y al cabo de cinco días, por algún vicio en la elección, tuvieron que ceder

(1) L. Postumio, cónsul el año anterior, se había hecho nombrar legado para libertarse de la acusación del tribuno Cancio. Más adelante se verá el motivo de esta acusación.

el puesto á otros. Los censores P. Cornelio Arvina y C. Marcio Rutilo cerraron este año el lustro: el censo dió doscientos sesenta y dos mil trescientos veintidós ciudadanos. Eran estos los vigésimosextos censores desde la creación de esta magistratura y el lustro diez y nueve. En este año asistieron por primera vez los ciudadanos (1) con corona en la cabeza á los juegos romanos, en regocijo por los triunfos de los ejércitos, y por primera vez también se dió, á ejemplo de los griegos, palmas á los vencedores: también en este mismo año, los ediles curules que hicieron celebrar aquellos juegos, habiendo condenado á algunos arrendatarios de prados públicos, emplearon el dinero de las multas en pavimentar el camino desde el templo de Marte hasta Bobila. L. Papirio celebró los comicios consulares; creó cónsules á Q. Fabio Gurges, hijo de Máximo, y á D. Junio Bruto Sceva; Papirio fué creado pretor. Tantas prosperidades apenas bastaron durante este año para consolar á Roma de un solo azote, la peste, que asoló á la vez la ciudad y los campos; tomando ya el mal el carácter de terrible prodigio. Consultóse los libros para saber qué fin tendría aquella calamidad ó qué remedio darían los dioses, viéndose que era necesario traer á Esculapio de Epidauro á Roma; pero ocupados constantemente este año los cónsules en la guerra, no tomaron ninguna disposición en cuanto á esto, consagrándose solamente un día á rogativas públicas en honor de Esculapio.

(1) Creen algunos que solamente se presentaron así los soldados que habían combatido.

FIN DEL LIBRO DÉCIMO.

LAGUNA.

Perdida completamente la segunda década de la historia de Tito Livio, apenas si se encuentra alguna frase, alguna línea en algún autor ó escolista. Pero con objeto de que el relato no quede interrumpido, y para enlazar la primera década con la tercera, daremos los sumarios de cada libro, sumarios atribuidos por mucho tiempo á Lucio Floro. Probablemente lo que dió lugar á este error fué que el Compendio de la Historia Romana en cuatro libros que poseemos de Floro, se consideró primeramente como resumen de las historias de Tito Livio, hasta que demostró Justo Lipsio que no era así, aunque Floro, como él mismo declara, se sirviese mucho de Tito Livio. Pero quien quiera que sea el autor de estos sumarios, lo cierto es que son auténticos, sin que ningún erudito haya dudado jamás de esta autenticidad. No pueden despreciarse por consiguiente como fuentes de historia, no obstante su inexactitud acerca de algunos puntos, y quizá por esta misma inexactitud; porque en los parajes en que se separa de Tito Livio, en los libros que poseemos, pueden presentar algunas veces versión diferente de la de este historiador; mas para los libros que hemos perdido, deben formar autoridad y representar para nosotros la historia misma de Tito Livio, que sin duda no reemplazan, pero de la que dan brevísimo resumen. En cuanto al lector, es medio que le sirve para atravesar rápidamente por los acontecimientos realizados en la segunda década.